



Columna



Ángela Parra
Directora Pastoral UC

Naciones Unidas: esperanza sin fronteras

En medio de Reñaca Alto emerge un campamento con 75 familias que luchan día a día para sobrevivir. “Naciones Unidas” es la comunidad que han formado personas de múltiples nacionalidades que vinieron a Chile a buscar mejores oportunidades y el incendio del verano pasado les arrebató todo nuevamente. Distintas organizaciones, entre ellas la Universidad Católica de Chile, han sido parte de un trabajo continuo de reconstrucción y ayuda material y espiritual para estas familias cuyos integrantes hoy son los más pobres entre los pobres de la región.

Lorena, Ligia y Presner son algunos de los “Cristos” que visitamos y a los cuales les debemos un agradecimiento sincero por abrirnos las puertas de sus hogares y permitimos compartir con ellos. Son sus vidas las que nos conectan con la realidad, esa que no vemos todos los días y que nos mantiene ajenos ante el dolor. Es la invisibilidad de la precariedad de sus viviendas, el abandono por parte de la sociedad y la inminente falta de oportunidades lo que no nos permite trabajar por el bien común.

Lo que ocurre en Naciones Unidas, más que un grito de ayuda material, es un llamado de atención a todos quienes

construimos Chile a no dejarnos anestesiarse por la comodidad de nuestras vidas, sino más bien salir a dar y darnos a quienes quieren que los tratemos con igual dignidad y respeto. “Somos sarmientos de una misma vid”, expresaba San Alberto Hurtado, describiendo el hecho de que todos somos parte del mismo cuerpo (que es Cristo), lo que nos exhorta a ser intrínsecamente hermanos que sienten y sufren como si fueran uno. Si el amor más grande lo entregó Jesús en la cruz, es ese amor el que nos hace conectar con cada persona que también ha conocido el anuncio salvífico de su resurrección.

Esto es lo que define a un católico: entregar el amor con el que Dios nos ha amado viviendo como Cristo y actuando como Él. Al ejemplo de San Alberto Hurtado, ¿qué haría Cristo en mi lugar si tuviera la posibilidad de acercarse al campamento, conocer a las familias y encontrarse cara a cara con los niños que juegan en medio de antenas de alta tensión, basura y tierra? ¿Qué haría Cristo en mi lugar si visitando Naciones Unidas ve una pequeña virgen que emerge del cerro? Si Lorena, Ligia y Presner no han perdido la fe y la esperanza, ¿qué nos falta a nosotros aún para ser felices?